



El Popocatépetl (montaña que humea), volcán de Méjico. Tiene 5.452 metros de altura.

MÉJICO Y LA AMÉRICA CENTRAL TIEMPOS ANTERIORES A COLÓN; ORIGEN DE LOS AMERICANOS

ES cosa cierta la antigüedad del hombre en América, como lo prueban recientes descubrimientos, hechos en diversas regiones, en las cuales se han extraído, de terrenos cuaternarios, armas y utensilios de piedra, junto con restos de animales, cuyas especies se extinguieron hace siglos. Un corte del suelo, ejecutado con un fin industrial, cerca de Nueva Orleáns, puso al descubierto selvas formadas por árboles que ha muchos siglos han desaparecido; y en una de las capas, entre los troncos de los árboles y fragmentos de madera quemada, se han hallado restos humanos, cuya antigüedad parece remontarse a los tiempos llamados prehistóricos. Asimismo, en California, a cien metros de profundidad, en unas minas, de las que más de treinta eran de lava, se encontraron, en 1862, huesos fósiles de mastodonte y otros paquidermos, y con ellos un mortero de granito, puntas de lanza de pedernal y una cuchara de esteatita. Algunas minas de mercurio presentan huellas de explotación en siglos muy remotos; hay lugares en que las rocas se han hundido, sepultando a los trabajadores, cuyos restos aparecen mezclados con sus útiles de piedra, toscamente pulimentados.

Pero, reconociendo esos hechos, y dando al mismo tiempo por indiscutible

que en todo cuanto se ha dicho sobre la época remotísima en que vivieron los primeros pobladores de América, hay mucho de conjetural y arbitrario, ocurre desde luego preguntar por su origen o procedencia. La craneología, o estudio de los cráneos, demuestra que la población primitiva de América pertenece a razas de los otros continentes; los pieles rojas proceden de los esquimales, los occidentales presentan indicios de inmigraciones asiáticas; los peruanos parecen descender de Filipinas o Indo-China, y los americanos del Este, parecen derivar de Europa. Y he aquí una vez más cómo las investigaciones científicas propenden a establecer la unidad de la especie humana.

ANTIGUAS CIVILIZACIONES EN AMÉRICA

En diferentes partes del suelo americano se hallan ruinas monumentales de construcciones gigantescas, pertenecientes, según todas las probabilidades, a épocas muy remotas. A juicio de algunos antropólogos americanos, mientras en los demás continentes vivían sólo algunos pueblos, en la edad de piedra, ya la América se hallaba poblada por razas, que construían ciudades y monumentos grandiosos, y cuya civilización, enteramente indígena, se conservaba limpia de todo elemento exótico.

El Libro de la América Latina

Los *mounds* o construcciones piramidales, que se hallan en los Estados Unidos, los palacios de Copán, de Palenque, de Tiahuanaco, y tantos otros, parecen indicar una civilización de tiempos muy lejanos. Las poderosas monarquías de los Aztecas y los Incas habían sido formadas con los restos salvados de una civilización mucho más antigua y, lo que es muy de notar, mucho más adelantada. Entre las razas conocidas, la que más contribuyó a la civilización de la América del Norte, fué la de los nahuas. En la América Central, la raza más civilizada era la de los mayas. Algunos suponen que los nahuas ocuparon un área que se extendió hasta los Andes de Bolivia, y les atribuyen las obras de Tiahuanaco. En la América del Sur se consideran como razas civilizadoras la de los muiscas o chibchas, así como la de los quechuas y chimus. Los aymaras son afines de los quechuas, y ellos con los chimus constituían, a la llegada de los españoles, el Imperio de los Incas. Los pueblos cultos del Perú formaban, bajo del Inca, un poderoso imperio con organización política y administrativa bastante complicada. En otros países existían gobiernos embrionarios, como en Florida, Virginia, Haití, Cuba y Bolivia. En una palabra, en los días de la conquista, constituían naciones las razas privilegiadas; había un cierto contingente de tribus salvajes, y, en cuanto al resto de la población, una parte se había detenido en lo que los romanos llamaron *civitas*, o gentes reunidas en pueblo, y otra en la tribu o conjunto de familias enlazadas por los vínculos de la sangre.

MÉJICO

En otros capítulos de esta obra hablamos del Canadá y de los Estados Unidos, con sus vastas llanuras bañadas por lagos inmensos y colosales ríos y surcadas por largas cadenas de montañas que encierran en sus flancos tesoros inexhaustos de minerales de toda especie. Ahora queremos volver nuestra mirada al tercero de los grandes estados

de América septentrional, Méjico, para de allí pasar a aquella serie de numerosos istmos, que forman un puente entre la América del Norte y la del Sur, y se llama América Central.

Si examinamos con alguna atención el mapa que ilustra estas páginas, veremos un amplio golfo en forma de arco, en el cual el Misisipí y el Río Grande vierten sus aguas. Dos penínsulas, la de Yucatán y la Florida, avanzan en el mar, formando una inmensa entrada al golfo de Méjico, delante del cual la isla de Cuba casi semeja una puerta entreabierta.

De esta isla escribía Cristóbal Colón «que era la tierra más hermosa que pudieron contemplar ojos humanos.»

La península de Yucatán pertenece a la serie de tierras e istmos que unen las dos Américas y por las que el sistema montañoso de América del Norte continúa extendiéndose hasta la del Sur.

La América que llamamos Central, está formada por cuatro istmos, que unen tierras de varias dimensiones; los más importantes son el de Tehuantepec, constituído por el confín geográfico de América del Norte, y el de Panamá, que une la América Central a la Meridional. Las montañas que coronan esta región, en gran parte volcánicas, se elevan hasta más de 4.000 metros, pero en el territorio de Panamá no llegan a mil, decreciendo en el istmo hasta formar un paso de cien metros.

Cristóbal Colón murió con la persuasión de haber tocado las costas de Asia, y solamente, poco a poco, los viajeros que iban en busca del suspirado paso a las Indias llegaron a convencerse de que no costeaban el Asia, sino un nuevo continente.

Estos audaces navegantes traían después de sus viajes nuevas sorprendentes de las riquezas de aquellos países inexplorados: hablaban de templos majestuosos y de ídolos de piedra; de tesoros de plata y oro, de hombres riquísimos, cubiertos de preciosos vestidos. Todo esto, decían, se hallaba en el interior del continente, adonde no sería difícil llegar. En efecto, en el siglo XVI se llevaron a

Méjico y la América Central

cabo muchas expediciones al país de tantas riquezas y curiosidades; entre ellas fué famosa la mandada por el español Cortés, el cual zarpó de Cuba con 11 naves, 600 hombres, 16 caballos y 14 cañones, con rumbo a la tierra desconocida, con el propósito de añadir a los ya inmensos dominios de Carlos V, cuanto él con los suyos fuese capaz de conquistar.

Como vemos, no era ni una flota ni

En una sala del Museo Británico de Londres, se pueden contemplar hoy día objetos preciosos que Cortés mandó a Europa en la única nave no incendiada, para mostrar la riqueza del nuevo país: caretas de mosaico de turquesas, una serpiente azul con dos cabezas, y algunos preciosos ejemplares de escritura ideográfica.

Mientras eran admiradas en Europa estas muestras de la riqueza americana,



MÉJICO Y LA AMÉRICA CENTRAL

un ejército adecuado a tamaña empresa, pero Cortés no conocía el miedo ni los obstáculos. Si no fuese empeño demasiado prolijo, de buen grado nos detendríamos a seguir al osado guerrero en su conquista aventurera; pero apenas queda espacio aquí para mencionar a la gentil indígena que sirvió de intérprete a los conquistadores, la fundación del puerto de Veracruz, la amistad de los habitantes de la costa y el incendio de todas las naves, menos una: incendio provocado para que nadie pudiese volver a España, sino el que debía llevar la noticia del triunfo o fracaso de la conquista.

Cortés, con su gente, se aventuraba por las cálidas y malsanas costas, cubiertas de vegetación tropical; por los grandes declives que bajan al mar; sobre las altiplanicies de Méjico, etc., mientras ante sus ojos asombrados aparecían florestas inmensas, lagos y campos cultivados dentro de altos setos de cactus.

El emperador Moctezuma, de la raza de los aztecas o mejicanos que gobernaban aquel país, había mandado muchos mensajes y regalos a Cortés, suplicándole que retrocediera. El español aceptó los presentes, pero continuó avanzando hasta que llegó a la ciudad de Tenochtitlán, donde ahora se alza la ciudad de

Méjico, sobre uno de los grandes lagos de la alta estepa.

Los rostros pálidos de los españoles, y sus caballos y cañones, causaron sorpresa a los aztecas, que jamás habían visto cosa semejante. Muchos de ellos creyeron que Cortés era el dios blanco de la guerra, que, según narraban sus leyendas, había prometido hacia muchos siglos, al país. Esta creencia parecíale confirmada por el espectáculo de aquellos extraños corceles, que corrían como el viento, y por el resplandor y estruendo de las armas.

No menos maravillado quedó Cortés, al contemplar la ciudad, sus templos y sus edificios y el soberbio collado coronado de ahuehuetes que domina la capital mejicana.

En breve logró Cortés apoderarse de Moctezuma, más obligado a ir por algún tiempo a Veracruz, las crueldades de su lugarteniente irritaron de tal modo a los aztecas, que únicamente el pronto regreso de Cortés y su habilidad fueron poderosos para salvar de la destrucción a los conquistadores.

Fué preciso que Moctezuma, prisionero a la sazón que Cortés, hablara a su pueblo tratando de disuadirlo de atacar a los blancos; mas pasado el primer estupor, causado por las palabras del soberano, en vez de obedecerle se lanzaron todos con piedras y flechas contra los invasores. Moctezuma cayó herido. Después de su muerte los mejicanos atacaron con denuedo a los españoles, teniendo éstos que abandonar de noche la ciudad, tras un terrible combate en las calzadas que conducían desde Méjico a tierra firme.

Aquella noche («la noche triste») costó a Cortés la pérdida de 400 españoles.

Cortés lloró lágrimas de desesperación, cuando recogió las diezmadas filas de sus soldados.

Ocho meses después, merced a la ayuda de gran número de tribus y de la extraordinaria habilidad que Cortés tenía como organizador y guerrero, era Cortés dueño del valle de Méjico y de su capital Tenochtitlán, entonces en

ruinas, y que después había de resurgir con el nombre de Méjico.

El país quedó incorporado a los dominios de Carlos V y estuvo gobernado militarmente; pero Cortés, no contento con éstos éxitos, hizo varias exploraciones a la América Central, buscando siempre el ansiado paso del Atlántico al Pacífico.

Poco a poco se fundaron nuevas colonias en Yucatán y en Honduras, regiones exploradas por el invicto caudillo y sus oficiales, los cuales avanzaron hasta el Golfo de California.

No nos es desconocida la geografía del país conquistado por Cortés, ni la historia de sus primeros pobladores. Los españoles llamaron (impropiamente) indios a todos los indígenas que hallaron en el Nuevo Mundo, y, como éstos eran idólatras, se dedicaron con gran celo a convertirlos al Cristianismo. Legiones de misioneros trabajaron con ahinco en esta obra de evangelización y el mismo Cortés intentó persuadir a Moctezuma para que abandonara su primitiva fe y renunciara a sus ídolos y a los bárbaros ritos de una religión que exigía sacrificios humanos.

La propaganda religiosa y el celo de los misioneros y de los convertidos, condujo a la destrucción de cuanto podía recordar la antigua fe azteca, e hizo derrocar templos, despedazar ídolos, destruir inscripciones y ornamentos, en tal forma, que la tarea de los estudiosos investigadores de hoy día, es extraordinariamente difícil.

La conversión de los indígenas parecía a los españoles empresa de importancia capital, no menos ardua por cierto que su sumisión. Una y otra se realizaron con los años; pero el rigor usado por los conquistadores fué tal, que la campaña de conquista vino a convertirse a veces en guerra de exterminio.

La antigua civilización mejicana quedó enteramente borrada, y hasta el mismo pueblo fué diezmado como también fueron diezmados los indígenas de la América Septentrional.

España no supo gobernar bien las provincias conquistadas; gravó a las colonias con muchos fiscos y vejaciones; dejó que los colonos europeos maltratasen a los indígenas, y cuando, gracias a la admirable intervención de los misioneros, se salvaron de la esclavitud los aborígenes, favoreció, como por otra parte lo hicieron en todo el mundo las naciones más cultas, la trata de negros.

Durante tres siglos, Méjico fué gobernado por virreyes españoles, muchos de los cuales fueron buenos; pero hubo también funcionarios incapaces y también lo fueron a las veces los mismos colonos, que avanzaban continuamente hacia el oeste para ocupar las ricas provincias del Pacífico.

Méjico hizo en aquel tiempo grandes progresos: levantáronse ciudades según el tipo de las españolas; abriéronse escuelas y colegios, fueron tendidas anchas carreteras, difundida y mejorada la agricultura y la cría del ganado llegó a constituir una importante base de riqueza nacional, cosa nada extraña, pues tanto la América Central como Méjico, tenían todas las condiciones para llegar a ser países de gran riqueza agrícola.

En las regiones tropicales prosperan el arroz, el algodón, el cacao, la caña de azúcar, la vainilla y las bananas mientras en los altos crecen el maíz, el tabaco, los frijoles, y el café, para no hablar de los árboles del caucho. En el interior, extensos prados ofrecen pasto a innumerables manadas de bueyes y caballos.

Las magníficas selvas en que están representadas las más preciosas maderas del mundo, desde el palo de campeche hasta la caoba son una fuente de riqueza no menos que las minas numerosísimas de que se extraen oro, plata, plomo y otros metales. Del cráter del Popocatepetl, uno de los muchos volcanes del país, se recoge azufre. Otro famoso volcán es el Jorullo, que surgió en una noche, en 1759, en una región de fértiles campos de caña de azúcar e índigo.

MÉJICO SACUDE EL YUGO ESPAÑOL

Españoles e indígenas, especialmente en la América Central, se unieron frecuentemente en matrimonio, formándose así una población en gran parte mezclada. Desde los españoles de pura sangre, que eran considerados en cierto modo los más altos de la escala social, se descendía hasta los ínfimos indígenas, siguiendo una interminable gradación de sangre mixta. Baste decir que para determinar las varias especies de mestizos, se empleaban más de veinte términos diferentes.

Sobre esta población desplegó España su autoridad, representada por gobernadores, no siempre buenos, y por leyes a veces vejatorias.

Cuando las colonias inglesas de América se insurreccionaron por su independencia, y la revolución ensangrentó a Europa, también la Nueva España (así se llamaban las colonias españolas que se extendían desde el Golfo de Méjico a California) comenzó a luchar por su libertad.

Algunos años después, surgió uno de los primeros campeones de la independencia de Méjico, Hidalgo. A la cabeza de un gran número de hombres trabó campaña desesperada con las autoridades españolas, mas después de diez y medio meses de lucha, fué hecho prisionero, y durante diez años, su cabeza, y las de varios de sus primeros partidarios, permanecieron expuestas, clavadas en picas, en uno de los edificios de la ciudad de Guanajuato.

Los mejicanos le han levantado muchas estatuas de bronce o de mármol, con inscripciones como ésta: «Al primer libertador de la patria», y, en efecto, la semilla por él arrojada, dió su fruto en breve tiempo.

Pocos meses después de la ejecución de Hidalgo, Morelos conducía a la victoria a sus independientes, sobre las costas del Pacífico, tomando o defendiendo ciudades, reuniendo asambleas, de las que emanaba la declaración de la independencia. Pero la fortuna se les mostró inconstante, y el 22 de Diciem-

bre de 1815, seis meses después de haber perdido Napoleón la última batalla, el valiente caudillo mejicano fué hecho preso y muerto. Los realistas creyeron haber desarraigado las ideas revolucionarias, pero se engañaron. Morelos, como Hidalgo, fué considerado como uno de los más grandes héroes, por sus connacionales, que mudaron el nombre de su ciudad natal, Valladolid, por el de Morelia, y la propaganda de las ideas de independencia prosiguió cada vez con mayor tenacidad y empeño.

EL FIN DE ITURBIDE Y LA GUERRA DE TEJAS

Entretanto, España sentía también el influjo de las nuevas ideas, y mientras en la madre patria se abolía la inquisición, y se implantaba la libertad de la prensa y una Constitución liberal, Méjico hallaba un nuevo campeón de su libertad política en un oficial del ejército realista, pero mejicano de sangre, Iturbide, que se unió para consumir su empresa con otro valeroso y resuelto insurgente, Guerrero.

En el movimiento revolucionario tomaron parte con los mejicanos muchos españoles, y con ellos Iturbide fué a Veracruz contra el nuevo gobernador enviado desde España, a convencerle de que sus servicios como virrey eran inútiles. Esta entrevista tuvo por consecuencia el tratado de Córdoba, en el que se decidió y acordó la independencia de Méjico. Iturbide entró triunfalmente en la capital a la cabeza de los independientes, y entre aclamaciones y vítores terminó el dominio de España, tres siglos después de la llegada de Cortés.

Méjico adoptó los colores nacionales, el blanco símbolo de la pureza, el rojo de la independencia, y el verde de la unión. Su escudo, un águila con una serpiente, sobre un cactus, recuerda una antigua tradición azteca.

Surgieron graves disensiones sobre la forma que había de darse al nuevo gobierno: quién prefería la república; quién la monarquía. Entre éstos se contaba Iturbide, que logró hacerse ele-

gir emperador, pero pocos meses después pagó con la vida su ambición.

Siguió una época de levantamientos y revoluciones, en las que figuró con frecuencia, ya en uno ya en otro partido, un hombre que había tenido gran parte en la revolución libertadora: Santa Ana.

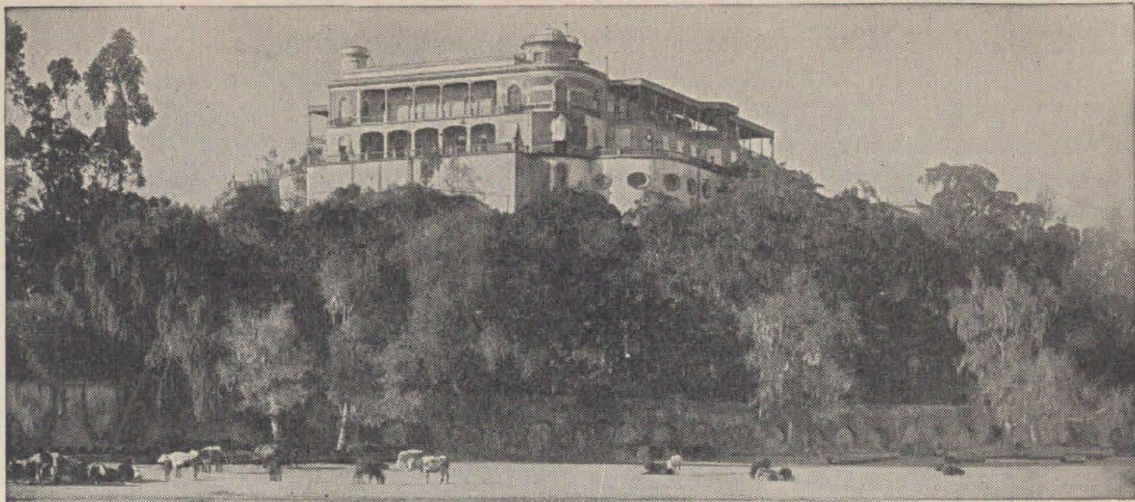
Un cambio operado en la forma de gobierno en el año 1835 fué alegado por Tejas, región tan vasta como Francia, para rebelarse contra Méjico, y después de diez años de lucha, se unió a los Estados Unidos, pero, como Méjico no había renunciado a la posesión de la rica provincia, era claro que se originarían guerras entre la república del Norte y la del Sur.

En efecto, cuando se publicó la anexión, estalló la guerra. Esta duró poco tiempo, y acabó con la derrota de la república meridional, debida, en parte, a la circunstancia de estar los ejércitos norte americanos mejor armados. Los mejicanos dieron, no obstante, pruebas de gran valor; entre ellos descollaron los generales Anaya, León y Balderas. Todo fué inútil; Veracruz y Puebla cayeron en poder del enemigo, y sobre la colina de Chapultepec se libró una furiosa lucha en la que los héroes fueron los jóvenes alumnos, verdaderos niños, del Colegio Militar, que prefirieron morir en la desigual campaña a aceptar la derrota de su patria. Fué tomada Méjico, y la guerra pudo darse por terminada. Tejas quedó para los Estados Unidos, y la República Mejicana tuvo finalmente un poco de paz.

Pero el descanso fué breve; pronto surgieron controversias, que fueron pretexto para que tres naciones de Europa interviniesen en los asuntos de la República. Napoleón III hizo la guerra a Méjico, que después de tres años fué ocupado por los franceses y una asamblea de notables eligió emperador a Maximiliano de Austria, hermano del Emperador Francisco José.

Nada tan trágico como el breve reinado del príncipe austriaco, a quién un destino fatal llevó a empuñar el cetro del nuevo imperio.

CIUDADES Y EDIFICIOS DE MÉJICO



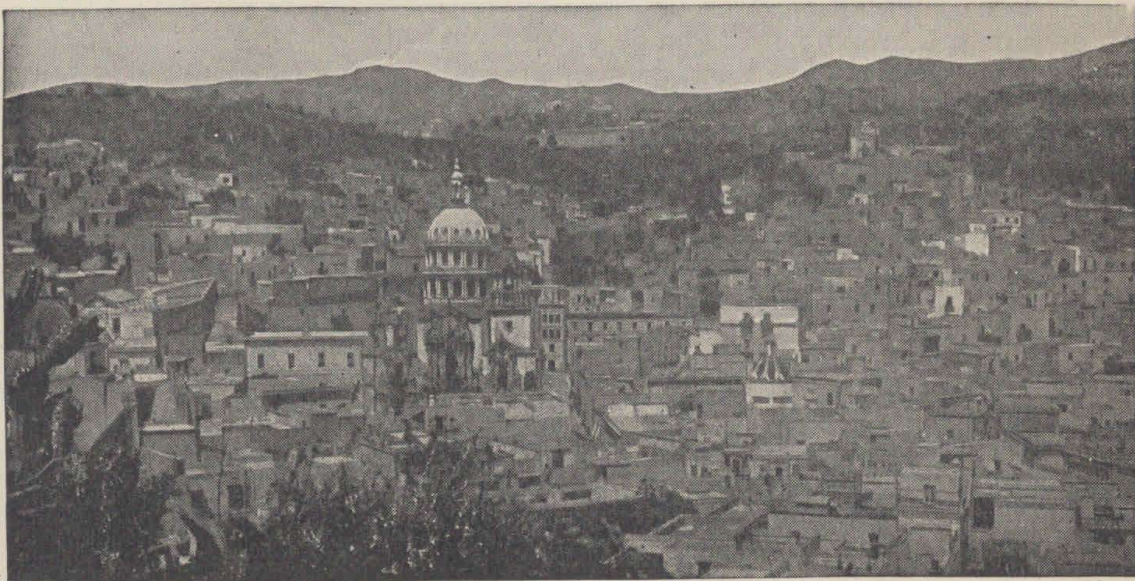
Sobre la colina de Chapultepec, coronada de ahuehuetes, está un palacio, que ha sido y es frecuentemente residencia de los gobernantes de Méjico.



La magnífica catedral de la ciudad de Méjico, comenzada en 1573 y terminada 84 años después. Consta de 5 naves y en cada una de las laterales hay 14 riquísimas capillas.



La ciudad de Zacatecas es uno de los primeros centros argentíferos. El mineral fué descubierto por el capitán Juan de Tolosa en 8 de septiembre de 1546.



Vista general de Guanajuato, capital minera emplazada en las laderas de un profundo barranco, por cuyo fondo corre un río que las lluvias de invierno hacen torrencial.

La empresa de Napoleón había sido llevada al cabo mientras los Estados Unidos andaban empeñados en la guerra de secesión, que había de poner término a los horrores de la esclavitud; pero apenas terminó esta campaña, los americanos hicieron saber al emperador francés que no estaban dispuestos a reconocer un gobierno monárquico en Méjico. Napoleón había desistido desde antes, de mandar los socorros prometidos a Maximiliano con el fin de mantenerle en el trono. En vano la Emperatriz Carlota fué a Europa para implorar el auxilio de Napoleón y del Papa; sus ruegos nada pudieron conseguir.

Entretanto, habiéndose negado Maximiliano a presentar su abdicación, y hecho prisionero por los republicanos, fué fusilado en Querétaro. La emperatriz enloqueció de dolor.

Después del fusilamiento de Maximiliano fué elegido presidente Juárez, a cuya muerte se eligió presidente a Don Sebastián Lerdo de Tejada, sucedido después por el General don Porfirio Díaz, el cual es considerado como uno de los grandes hombres de Méjico, bajo cuyo gobierno se comenzó a extender la agricultura, a mejorar los servicios públicos y a introducir útiles reformas.

Caminos de hierro recorren hoy casi en todas las direcciones del país, mientras otra línea une, por el istmo de Tehuantepec, el Atlántico con el Pacífico.

No obstante, en medio del progreso material y civil, Méjico no halló paz. En 1910 estalló una revolución en Puebla, inspirada por Francisco I. Madero. Los revolucionarios lograron prevalecer; y el anciano Porfirio Díaz se retiró de su patria y tuvo que refugiarse en Europa, siendo elegido presidente Madero. Una revolución planeada por Félix Díaz, sobrino del ex-presidente, secundado por los soldados, dió por resultado el asesinato del presidente Madero, en 1913. El jefe de los soldados triunfantes, el General Victoriano Huerta, fué elegido presidente provisional. Después de su nombramiento,

la guerra civil siguió más enconada que antes, entre «constitucionalistas» y federales. Sabido es que los primeros eran los adversarios de Huerta, quien a su vez encabezaba a los segundos.

EL CONFLICTO DE MÉJICO

En esta guerra civil como por lo demás en todas las guerras del mundo, se cometieron actos contrarios al derecho de gentes, que motivaron reclamaciones de varias cancillerías, y por último, la intervención armada de los Estados Unidos.

En este estado las cosas, tres grandes potencias americanas, la Argentina, el Brasil y Chile, ofrecieron su intervención, que fué aceptada por los gobiernos de Washington y de Méjico, declarándose por consiguientes un armisticio o suspensión de hostilidades. La mediación de dichas tres naciones forma época en los anales de la historia, por ser la primera vez que se inició la acción diplomática americana, independientemente de las cancillerías europeas.

Los delegados para resolver el litigio pendiente, empezaron a reunirse en Niágara Falls, y en su conferencia estaban representados por parte de Méjico, el General Huerta y D. Venustiano Carranza, caudillos respectivamente de los «constitucionalistas» y de los derroadores del gobierno de Madero.

LA CONFERENCIA DE NIAGARA FALLS Y SUS RESULTADOS

Gracias a la hábil gestión de los diplomáticos de las tres potencias mediadoras, la resolución del conflicto logró hacerse satisfactoria, y, al parecer, definitiva. En vista de la dimisión de Huerta, los plenipotenciarios acordaron proponer a los «constitucionalistas» una fórmula de conciliación: el reconocimiento inmediato de un gobierno provisional y el retiro de las tropas norteamericanas, si bien seguiría ocupada Veracruz, hasta el restablecimiento de la paz.

Los «constitucionalistas» admitieron al armisticio tan pronto como tuvieron conocimiento de la pública dimisión del

Méjico y la América Central

General Huerta, y del establecimiento del gobierno provisional.

La gestión de los plenipotenciarios del Niágara ha constituido un triunfo de la diplomacia americana, pues quedó demostrada por primera vez la eficacia de las cancillerías del Nuevo Mundo, sin necesidad de recurrir a arbitrajes y laudos europeos.

En el mes de julio salió de la capital el General Huerta, para embarcarse con rumbo a Europa.

De mucha importancia es la reorganización de Méjico en los actuales momentos, en que el Canal de Panamá ha de influir enormemente en los destinos de los países vecinos al istmo.

La costa del Pacífico de Méjico ha de rivalizar con la Atlántica en comercio y navegación, por el fácil cruce del nuevo paso y la comunicación interoceánica. Puertos como Tampico, Veracruz y otros, han de tener sus similares en la costa occidental mejicana, como depósitos y escalas para los buques del Asia y la Australia, que preferirán el camino de Panamá al del Canal de Suez.

Méjico, con su ventajosa situación geográfica en medio del continente; con sus puertos y bahías, grandes y excelentes; con su copiosa red ferroviaria y sus ferrocarriles continentales, solo necesita de paz interior y de buena administración, para resurgir grande y próspero y alcanzará, no lo dudamos, todo esto, con el empeño de los mejicanos patriotas e inteligentes.

LAS REPÚBLICAS DE LA AMÉRICA CENTRAL

Varias son las repúblicas independientes que ocupan la América Central: Guatemala, Nicaragua, Honduras, Costa Rica, San Salvador y Panamá. De ellas se puede decir lo que hemos escrito de Méjico: les falta la estabilidad política y social. Las revoluciones no son en ellas menos frecuentes que los terremotos. Los productos de la tierra en estas regiones son los mismos que en Méjico: bananas, café, arroz, azúcar y maíz; pero cada estado se dedica a un cultivo especial. El cacao de Nicaragua, el índigo del Salvador y el caucho de Panamá, son universalmente conocidos.



AHUEHUETE EN EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC